

Y por la santa libertad pelea.
Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido Mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedlo!..... ¡es ella!..... ¡es *Cristina!*
Su presencia divina
Baña de lumbre al español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta:
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con rísa bondosa
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

EPÍSTOLA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjuagarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte,
Antes que yo consuelos te ofreciera?
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
¿Cuál para ti, cuál otra que la mía
Más diligente y cariñosa fuera?—

Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.

Aun me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos, se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debía
La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,
Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiración sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.

¡Allí otros mill.....—¡Oh fugitivo encanto!
¡Oh sonrisa primera de la vida,
Recuerdo de placer, que arranca llanto!

Y qué, Mariano, ¿la ilusión perdida
De la edad infantil, en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
¿Es este mundo una región de duelo
De desesperación y de amargura?

No, no es verdad.—Del nebuloso cielo
Del negro Septentrión esa herejía
Vino en *traje francés* á nuestro suelo.

¡Todos pecamos!—Yo también un día,
Gimiendo adrede por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la común manía

Á esa espelunca do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«¡Ay! ¡dejad, los que entráis, toda esperanza!»

Allí en verso trotón, y á voz en grito,
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas,
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.

¡Y porque más su desventura asombre,
Quejábase también de estar *minado*
De una secreta enfermedad *sin nombre!*

¡Era un vivir aquel desesperado!
Sólo se oía en recia taravilla:
¡¡*Maldición!!* por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores,
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla*.

Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios! Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. ¡Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,

Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*

Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
Á buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces al rüido
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
Á esas lagunas cenegosas, donde
Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Alcese *Byron* de su numen fiero
En las alas flamíferas, y escoja
Á su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío, á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rinja*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en el *lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al són de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía
En la antigua amistad y en el encanto
De la consoladora poesía.

Julio de 1842.

ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!..... sudando llevo,
Por la empinada montaña
Resbalando,
Á este valle que en sosiego
Tu corriente, oh Pusa, baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde, que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledó,
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya descende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,
Ó de tu curso süave
La paz suma,
Ó el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!..... Si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente

¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
Á Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte descende,
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende,
Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa, adiós!..... corre ignorado,
Y los quintos (1) de Malpica
Fecunda en paz.

(1) Llámense allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

LA AGITACIÓN.

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!..... ¡Caber no puede
Donde impera tu imagen adorada
Sino amor, sólo amor!..... ¡Cuanto solía
Mi pecho conmover..... ya todo cede
Á la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado, á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó va á estrellarse en el peñasco rudo;
Así en la fiebre do anhelando gira
Este alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.
¡Y este vaivén continuo, esta perpetua
Conmoción es la vida!—¡Cuántas horas,
Mudo, yerto, insensible
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en ti habitaba,

Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En ti no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad, ¿dó estás?—Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastárame empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronce,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallará entonces?
En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;
Y en tanto «¡Aquí domina!»
Otro desde la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!.....
¡Y los años volaban!
Las hojas de los árboles caían.....
Las hojas de los árboles brotaban. —
¡Una mujer! con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente:
Los brazos tiendo á la fantasma bella;
Mas al asirla, alzada
Vi una ara ante mis pies, y detrás de ella

Mi visión adorada,
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación..... delito!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido.
Abrió sus ojos por la vez primera,
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime,
¡Yo te adoro! ¡Tú eres
Alma de mi existencia! Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

¿Dónde la gloria vive del que un día,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrión: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Despareció; mas al común estrago,
Sobre siglos sin fin los inmortales
Cantos de Horacio y de Marón divinos

Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las romanas letras,
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De turbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos;
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive
Con renombre inmortal, docta *Academia*.
Tú, más que á los históricos ejemplos
Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazón magnánimos que abrigas
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
Oh noble Conde, á la española musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plectro de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor y el estro
De cien vates inflama que, á porfía,
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector del saber.»—¡Oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes
Halla no más, y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la inestable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz su cuerpo nutren,
Alma tiene también, y el alma vive